

sin tener ni Antígona que apoye la desgracia ni dioses buenos que lleven al fugitivo los consuelos de la muerte. Por todas partes relámpagos de ira, trote de perseguidores caballos, vibración de armas, gritos de discordia, hurras de acosamiento, y todo contra fugitivos aspeados, los cuales no admitían el combate, no soñaban ya con la resistencia, sólo querían la muerte, que se les acercaba por medio de una incurable desesperación moral ó de terribles enfermedades materiales. Por un Pétion bueno y sano, hay un Cassi atormentado de gota, un Buzot asmático y no ayudado en sus movimientos por la respiración, un Biouff, con los pies llenos de ampollas y que marcha de puntillas á la continua, un Barbaroux encojado y craso, un Louvet muy animoso pero muy triste, durmiendo unas veces al raso; ya metidos todos en un pajar donde se ahogan por lo avanzado de la estación estival; ya encerrados en subterráneos donde yacen inmóviles como los cadáveres para tener que huir ligeros como las liebres; mientras suena cerca el tambor de generala y lejos el campamento de rebato para prenderlos y matarlos, anticipándoles con tantas amenazas en escalofríos terribles cien muertes antes de que llegue la definitiva, inapelable, suprema. ¿Y dónde van? Si á París vuelven, quedarán ensartados en las picas dadas por ellos á los rojos; si van á Burdeos, quedarán tendidos en los campos al filo de las hoces vendeanas hambrientas de su carne revolucionaria. Así deciden tomar asilo y refugio en las tormentas del mar. Quimper está cerca, en Quimper encontrarán una embarcación cualquiera; y esta embarcación les llevará desde las regiones que baña el Loira á las regiones que baña el Garona.

Creeríase que allá en Quimper nadie debía conocerlos. Para mayor seguridad caminan de noche, preservándose así á los rayos del sol como á los asaltos de la persecución. Sin embargo, al tropezar con pobre aldehuela, situada en marismas inaccesibles, donde no deja caminar el barro, todos los hogares se hallan iluminados y encendidos al par que todos los habitantes despiertos. Así atravesaron corriendo la calle única del poblacho, no sin que los vecinos se dijieran unos á otros en voz alta: «hélos ahí que pasan». Si la noche no los hubiera favorecido y lo rápido de su marcha, por la desesperación acelerada, no los hubiera guiado allí, perecen los fugitivos como aves cazadas en laguna ó conejos cazados en monte. Pero como todo se vuelve obstáculos para ellos, pierden la orientación y yerran el camino. Maltrechos por la caminata; malheridos por las espinas que se les clavan en los pies; desesperados á la seguridad de su derrota y á la probabilidad de su muerte; un rayo de luz brilla en Quimper para ellos, pues los á escondn una con suma facilidad y no los sacarán del escondrijo hasta que un buen barco los transporte á Londres. El terror, entretanto, hace de las suyas. Por un milagro deja llorar en paz á la familia Corday, pero desenfrenado se encarniza con la contradicción y se ceba en los girondinos de Calvados. Creíamos propio sólo de los tiempos absolutistas aquella sentencia de Carlos V mandando demoler la casa de Padilla en Toledo y sembrarla de sal, después de dejar tan sólo una

piedra donde conste la rebelión de su dueño. En Caen se demuele toda casa de girondino visible, y en una se pone sobre los escombros esta inscripción: «aquí vivió el traidor Buzot, que se levantó contra la República». Y luego añadían que este Buzot con sus once compañeros de fuga, se hallaban fuera de la ley, teniendo todos los ciudadanos derecho de concluir con ellos, pues á todo el mundo pertenecían sus vidas y todo espacio bueno era para cada uno suyo y todos los hombres buenos también para verdugos de ellos. Ya no hay piedad para los diputados de la Gironda restantes en París: el terror los prende á todos. Y, sin embargo, París en fiestas arde. Parece que los parisienses se han vuelto locos de alegría. Y arde París en fiestas y se han vuelto locos de alegría los parisienses por ser aquel diez de Agosto del noventa y tres, primer aniversario del diez de Agosto del noventa y dos. Cúmplese y pasa el año primero de la libertad; el pintor David, atiborrado de recuerdos clásicos y adulador de los demagogos primero para serlo después de los Césares, traza el programa de las fiestas; una inmensa comedia de magia se desarrolla como los antiguos autos sacramentales hispanos al aire libre; sobre los escombros de la Bastilla se fabrica un altar y sobre las piedras del altar se levanta como ídolo digno de todo culto la diosa Naturaleza de cuyos pechos enriquecidos con dos ubérrimas tetas, salen de agua pura sendos chorros en que van á extinguir los ciudadanos libres su intensísima sed de verdad y de bien; innumerables diputaciones representando la nueva Francia cercan la increíble apoteosis presidida por el apuesto presidente de la Convención, Herault de Secheller, á quien rodean orquestas y coros exhalando sinfonías dulces y armoniosas, á cuyos acordes en áureas copas reparte á los republicanos las claras aguas, concluyendo todo por una procesión indescriptible que acompaña bellísimas carretas cubiertas de flores y de frutos, donde se representan idilios vivos que únicamente interrumpen patrióticos discursos dichos por oradores clubistas y el sonido de la Marsellesa entonado por voces innumerables.

Este culto por el universo aparece patentísimo en el calendario republicano que llegó á sustituir la corrección gregoriana. Los innovadores no querían dar á la nueva era por fuente y origen ni la Natividad ni la Muerte del Salvador. Parecíales más importante que la noche de Belén la noche del nacimiento de los derechos humanos, y más altos que los riscos del Calvario, donde se levantó la Cruz, los muros de la Bastilla, en cuyo asalto se quebraron todas las cadenas y se redimieron todos los siervos. No les gustaba tampoco la división del año. Aquellos meses desiguales, aquellas semanas que tan mal correspondían á las fases de los meses; tantas fiestas litúrgicas destinadas á celebrar atávicas supersticiones; tanto nombre de beatificados sin gloria y de beatificaciones sin fundamento les repugnaban y les hacían aprovechar los adelantos del saber para mejor regular la medida del tiempo. Con efecto, ¿qué hace ahí el nombre de Jano levantado en la montaña latina del Janículo, y presidiendo así á las líneas del espacio como á la sucesión de los tiempos?



No conozco razón valedera capaz de justificar la supervivencia del dios Marte, desarmado ya por el sentimiento universal de los pueblos. La diosa Maya todavía nos impone sus regocijadas fiestas en el mes de las golondrinas, de las mariposas, de las flores; Juno reina en Junio, como si todavía compartiera con Júpiter la soberanía del universo en las cumbres del Olimpo; el nombre de aquel sacrificador de nuestras libertades antiguas, Julio César, á quien debemos el cesarismo, da su nombre al mes de Julio, y al mes de Agosto el más pérfido, embustero, taimado de los hombres, Augusto, manchado ante la posteridad con toda suerte de crímenes. La Convención creyó faltar á su ministerio y finalidad no reformando la cuenta del tiempo, y la reformó. Sabios probadísimos como Lalande y Monje; convencionales autorizados cual Romme y Englantine cooperaron á esta magna obra. El destino de ambos revolucionarios y la suerte que corrieron se parecen mucho. Englantine tuvo en sus mocedades vocación de autor y de actor; pero bien pronto cambió las tablas del teatro por las tablas del parlamento, donde fulguró con fulguración de bólido nefasto entre los jacobinos, y bien pronto cambió las tablas del parlamento por las tablas del cadalso. A Romme le pasó lo mismo: desde un empleo tranquilo, é idóneo para su profesión de filósofo, pasó al parlamento, y en el parlamento los combates por la república le infligieron una derrota y la derrota el suicidio. Pero no les faltó ni al uno ni al otro tiempo para redactar el calendario republicano. La casualidad les sirvió á pedir de boca; pues, habiendo sido proclamada la república el veintidós de Septiembre, pudieron inaugurar su año nuevo en el equinoccio de otoño. El curioso documento donde se contienen los motivos y razón de la reforma, razona de un modo pueril y enfático las relaciones del tiempo novísimo con la joven República. Esa igualdad otoñal de los días con las noches marcábala el cielo á la hora misma en que la Convención marcaba otra igualdad más augusta: la igualdad de todos los derechos políticos y civiles. El paso de nuestro sol desde un hemisferio á otro hemisferio en Septiembre le presta ocasión para muy atrevidas analogías entre tal fase natural del tiempo y el paso de la sociedad francesa desde los siglos monárquicos á los siglos republicanos. Pero estas analogías eran dispares, entraban, por lo mismo, en la categoría de aquello á que la lengua vulgar llama disparate. El día señala los movimientos de rotación del planeta sobre su eje; señalan los años el movimiento de traslación del planeta en torno del sol. Este movimiento segundo dura trescientos sesenta y cinco días, cinco horas, cuarenta y ocho minutos, cuarenta y seis segundos. Quisieron aplicar al arreglo nuevo el sistema decimal, y no encontraron medio de dividir por diez los días y las horas del año. Así, tuvieron que conservar los antiguos doce meses, y se desquitaron de tan forzosa imposición haciendo iguales todos los meses. La década reemplazó á los seis antiguos días componentes de la semana. Sobraban cinco días y cinco horas al año que no podían encajar en la división. Se les llamaron días complementarios, elevados á seis en los años bisieftos. Así obtuvieron el deseado arreglo.

Romme recibió el encargo de dar nombre á los días de la semana y á los meses del año. Pero no mostró en tal trabajo ni una inteligencia, ya que no creadora, ocurrente; ni una fertilidad de lexicón en armonía y congruencia con la importancia del encargo. Contó los días por la numeración habitual y bautizó los meses con muy vulgares denominaciones. Reconocido el fracaso, destinóse á intentar de nuevo lo frustrado Englantine. Si en los días de la semana éste no pudo salir de la numeración ordinaria, en el bautizo de los meses le sugirió el instinto poético denominaciones tan exactas como pintorescas. Al mes de los nevascos, que guardan la semilla en tierra para que se fecunde y más tarde brote, le llamaron Nivoso; Pluvioso al que deshiela níveos átomos y cristalinas escarchas so su tibia lluvia; Ventoso al que ventea oreando los campos y trayendo á Flora con su coro de ruiseñores al oído, sus nubes de mariposas ante la vista, su carga de ramilletes en el delantal; Floreal á quien todas estas promesas cumple con las puntas de sus ramas brotando botones y sus llamamientos á los pintados insectos del campo y á las viajeras golondrinas del cielo; Germinal á quien trueca la semilla en tallo y pide al tallo el fruto; Prarial á quien hace reverdecir las praderas y huele, pues, á heno; Mesidor al que siega las mieses y las junta en haces de doradas espigas, y las lleva del bancale á la era y de la era al molino; Thermidor al período de los calores en que la fructificación rural empieza; Fructidor el mes de los frutos ya sazonados; Vendimiario el mes en que los cubos reosan de uvas y las uvas de mosto; y Brumario y Frimario á los dos meses en que bajo nieblas y heladas se aperciben á su desarrollo el florecimiento y la germinación universal. Días descansados dijeron á los días complementarios. De cuatro fiestas los dotaron; la fiesta del genio; la fiesta del trabajo; la fiesta de acción; la fiesta de recompensas. Pagados de los recuerdos romanos resucitaran las fiestas saturnales romanas, en cuyo desarrollo tenían los ciudadanos la facultad omnimoda de hacer y decir todo cuanto les pidiera el gusto. Los nombres de santos fueron reemplazados por nombres de frutos, flores, semillas, objetos y productos naturales. Todavía he tropezado yo en mis viajes con viejos señores bautizados durante tal período del Calendario, y que se llamaban señor Melocotón y señor Reseda. Muchos defectos la división tenía; pero también muchas ventajas. Natural y acertado el comienzo de los años por el equinoccio de otoño; más natural y más acertado el nombre de los meses relacionado con las señales características de cada estación; largas, sin embargo, las semanas y demostrando cuanto se necesitaba el reposo de cada seis días y no de cada diez, el reposo y el descanso, según lo tenía establecido nuestra religión; y en tal mezcla de ventajas y desventajas lo peor consistió en la resistencia ciega opuesta por las costumbres á las innovaciones. Todo adelante, aun el más útil y comprobado, pide víctimas; y toda víctima se queja con clamorosos quejidos y perturba las innovaciones con profunda perturbación. La reforma tiene favorecidos y vulnerados. Los favorecidos conocen tarde su favor; los vulnerados sienten pronto su herida. Así el comienzo de aquella



novedad sintió nuevas resistencias y añadió al fuego leña, especialmente allá en Auvernia. Eataban acostumbrados á su descanso religioso dominical aquellos campesinos y no querían de modo ninguno alterarlo. Riéronse, pues, del nuevo precepto y descansaron en domingo; riéronse de las listas de flores y frutos para conservar sus santos patronos y sus seculares fiestas. No se legisla en lo vacío; se legisla en el espacio, y para legislar hay que tener en cuenta y razón, amén de las ideas puras, los usos y costumbres.

Por todas partes la reacción extrema sus resistencias; no debemos extrañarnos si la revolución extrema sus empujes. Así, confundiendo á los girondinos con los realistas como contrarios á la monarquía, prenden á Brissot camino de Suiza como prenden á Raibaut en un desván donde se amortajara vivo y los destinan á perecer en el cadalso. No sigue mejor camino, ni encuentra mejor suerte Duperret, á quien cuesta la vida un rato de cortés conversación solemne con Carlota, y un borrador de protesta contra la insurrección del dos de Junio. Todo esto demuestra que la insurrección interior va de vencida; pero también va de crecida en una serie de triunfos nefastos al nuevo régimen la coalición europea. Maguncia vuelve á caer en manos de los alemanes y las tropas francesas de su seno salen como una grande procesión oficial con verdadera pompa. Las tropas de Prusia asaltan este pintoresco éxodo de la República. Los voluntarios marseleses comienzan la evacuación parecidos por su carácter levantisco á legiones orientales bronceadas por los vientos del desierto líbico y los ardores del sol africano. Aunque, según su carácter de soldados estén sujetos á la disciplina; según su carácter de voluntarios se mueven á una con mayor facilidad que las tropas de línea y hablan todos á un tiempo. Al revés las tropas regulares, nada tienen que aprender de la disciplina germana. Los más dignos de curiosidad y de estudio fueron aquellos cazadores de á caballo, que llevaban sus carabinas asentadas sobre sus tornidos muslos, y hacían marchar acompasados los caballos al son de la Marsellesa, cuyos acentos adquirían de las circunstancias el tono elegiaco y melancólico de las marchas fúnebres. Tras estos aparece un grupo extraño; varios señores con aires de magistrados y circuidos de un destacamento. En este destacamento se destaca el audaz guerrero Merlin, el cual acaba de conseguir heroico renombre con sus salidas, entradas, escarceos, asaltos, resistencias, combates en el milagroso asedio de Maguncia. Nadie diría que aquel hombre acababa de sufrir una rota y de formular una capitulación: ostenta el aire imperioso de los vencedores, y se dirige á sus enemigos como pudiera dirigirse á sus soldados y tuviese vinculada en su persona la victoria. Los republicanos y los franceses le aclaman; Merlin, más que aconsejarles con palabras la moderación, se la impone con gestos. Nadie se ha ensoberbecido tanto en un triunfo como se ensoberbeció Merlin en una derrota. Mas ¡cuán doloroso todo aquello! Los rotos prusianos aparecían recompuestos. Ya convalecieron de las heridas allegadas en Valmy. Y amenazan, verdaderos irruptores, á Francia. ¿Quién los contendrá? Completamente descubierto

el Nordeste, no había esperanza de ningún género en este mundo para la capital de Francia, si no la defendiesen los reductos de Wisemburgo y los infranqueables pasos de la cadena de los Vosgos. También ha caído en poder de los coligados la plaza de Valencienes, después de haber caído Condé á las plantas del duque de York. La coalición, pues, avanza. Y, sin embargo, en las plazas rendidas no se levanta la bandera que luce las lises borbónicas; se levanta la que luce los colores de Prusia y las águilas de Austria con sus dos cabezas coronadas y con sus uñas rapaces. La opinión se vuelve contra el general de Maguncia, contra Custine. Le han aclamado en los bazares del Palacio Real, y no pueden tolerarle de ningún modo la jacobinalla estos coqueteos realistas. «Que nos explique su conducta» gritan los clubs, y este grito equivale á una sentencia de muerte.

El más extraño suceso entre todos los capitales del trágico mes que corre, del trágico Julio, es el movimiento de Lyon, por tener apariencia girondina y fondo realista. Mandábanlo todo allí los ricos y hacíanlo todo los pobres. La superficie parecía comunera, mientras realista era el fondo. Manirroto los ocultos muñidores de tal intriga pagaban las tropas reaccionarias con fondos republicanos. Así nadie podía entender lo que allí pasaba. Encendida Francia por una revolución política no comprendía hubiera estallado en Lyon una guerra social. Así el jefe de las fuerzas jacobinas, Chalier, mandado para dirigir la ciudad, no comprendía una palabra de todo cuanto allí pasaba. Poseído por sus pasiones humanitarias, en todo rico veía un enemigo y en todo pobre un amigo de la República, equivocándose mucho, sin que la buena intención pudiera excusarle de sus equivocaciones. Italiano de nacimiento se había educado en las escuelas teológicas, donde aun hoy domina el silogismo con sus abstracciones y formas escolásticas. Su biógrafo escribía siempre ante una calavera como el San Jerónimo de la tradición ortodoxa. Sus discípulos le rodeaban á una con el cariño y la veneración que los apóstoles á Jesús. Habiendo recorrido la España de aquel tiempo, creció en sus adentros un misticismo exaltado. Habiendo vuelto á la vida ordinaria, en su profesión de comerciante ganó mucho dinero, mas vió el trabajo comido por la usura y el jornalero devorado por el capitalista. Entonces amó con violencia la revolución social. Y amando la revolución social, se propuso convertir la humana vida en breve cielo. Cuantos quieren hacer la humanidad divina y la tierra celestial concluyen por infernarlas y perderlas. Para que todo fuera en él contradictorio, desde la puerta de un cenobio español se volvió al mundo y se hizo potentado. Pero asistido por tal riqueza, únicamente pensó en aplicarla por completo á la humanidad. Su cabeza parecía una fábrica de ideas, como esas forjas en que nunca se apaga el fuego y nunca se interrumpe la fundición. Antes del alba parecía por los alrededores de las Asambleas francesas para no perder ni una palabra del debate. Muchos días pasaba en requebrimiento de reliquias revolucionarias. Así llevaba consigo piedras de la Bastilla con huesos de Mirabeau que hacía bendecir y besar á todo el mundo. Cargado con estas riquezas